

guos, que en modo alguno mucho oficio periodístico garantiza una felicidad inevitable cuando se pasa a la literatura.

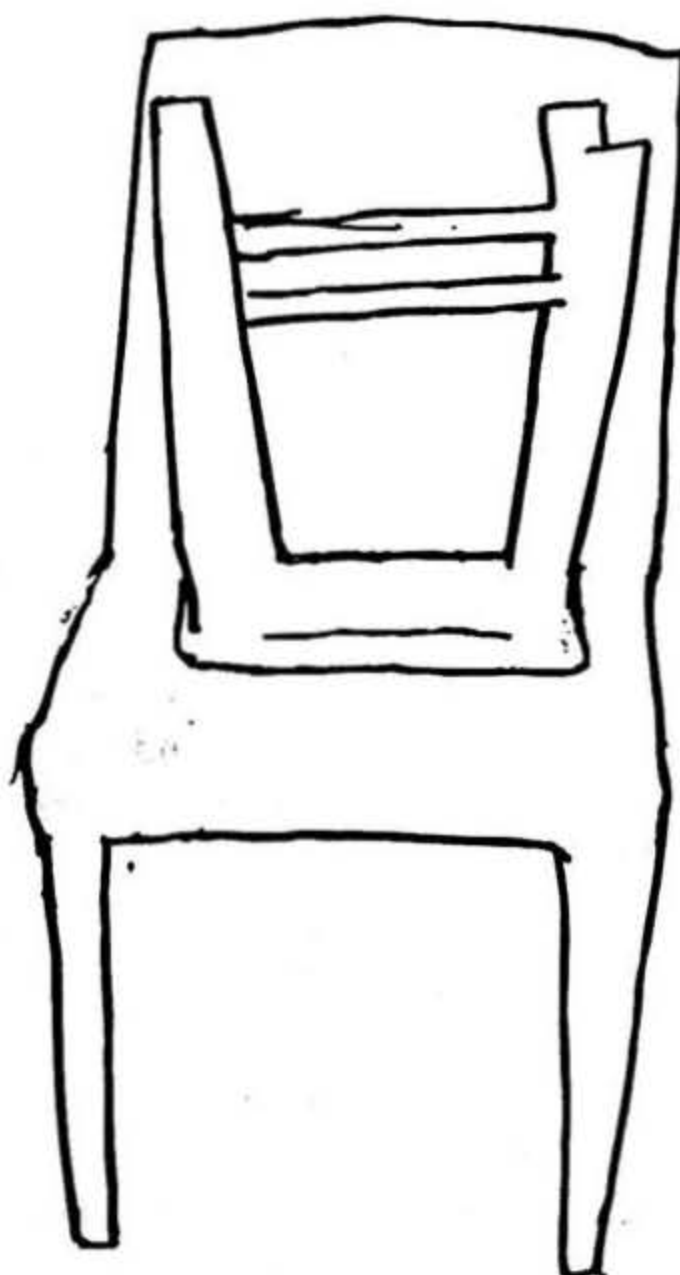
JAIRO MORALES HENAO

El metadieético en la deíxis o una resemantización del liberalismo desbragado

La imaginación liberal: hipótesis para una lectura de *La otra raya del tigre*
Serafín Martínez González
Instituto Caro y Cuervo,
Santafé de Bogotá, 1994, 118 págs.

¿No es paradójico que en el Caro y Cuervo no hablen ya castellano? Claro que Caro era un consumado latinista y Cuervo entendía bastante de raíces griegas. Pero esas bases no tenían otro objeto que la fijación y definición gramatical y filológica de nuestro idioma. Pero ése no es el asunto... Ya sabemos que ciertas nuevas tendencias de la crítica semiológico-literaria han implementado (por usar otro verbo poco castizo) una terminología inflada cuya única inconveniencia es que no sea asumida críticamente. El asunto es éste: ¿qué propósito tienen estos estudios pretendidamente especializados de la crítica literaria? Tras cerrar el libro, aún no tenemos una sola motivación clara. Los amantes de las distinciones volverán a decir que una cosa es el ensayo, personalista y tentativo, y otra la crítica literaria como tal, rigurosa y académica. Yo disiento al respecto: el rigor mínimo que se exige es el de la escritura; quien emplea la escritura para expresar un pensamiento necesariamente incurre en el ensayo, no importa qué clase de metodología le subyuga. *Tout le reste...* es falsa crítica literaria, trabajo de campo, acopio documental, literatura ancilar. Y conste que este trabajo de Serafín Martínez demuestra un buen bagaje, un abundante (pero inútil) aparato crítico, un inteligente manejo de relaciones teóricas. Pero también

está esa teoría estática, anquilosada, que no tiene más utilidad que el poder de la abreviatura, de nombrar lo obvio; ahora bien, nadie se opone a que se trate de imponer expresiones y conceptos como el narrador *metadieético*, *hipodieético*, *paradieético* o *parentético*, siempre y cuando su uso no sirva de sofisma de distracción para no hacer claridad sobre la realidad a que ellos aluden. Con decir que un discurso narrativo es metadieético no decimos nada; hay que mostrar *cómo* un discurso es metadieético en una obra particular. Con eso superamos la obviedad.



Dicho lo cual, hagamos lo propio con *La imaginación liberal...*, de Serafín Martínez González, libro al que, por no hallarle propósito ulterior, le pensamos un sentido a partir de su propio título. ¿Cuál es la hipótesis y cuál su desarrollo? La hipótesis está bien planteada desde las primeras páginas, es sugerente y nos promete un montón de revelaciones de lectura. Pero lo que hace el autor después del planteamiento inicial es dedicarse a la tautología (repetir el planteamiento) y a la ambigüedad conceptual. Empecemos por lo segundo.

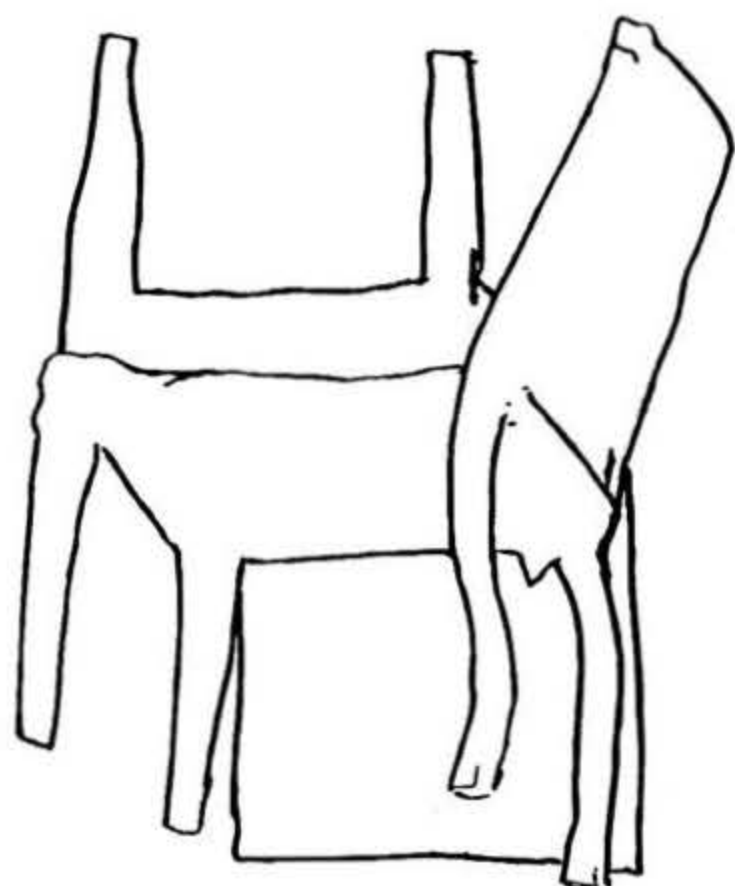
La hipótesis es que en *La otra raya del tigre*, la novela de Pedro Gómez Valderrama (1976), se *resemantiza* el discurso liberal-burgués decimonónico, esto es, que tal discurso subyace como visión de mundo de la novela del

santandereano. Lo cual quiere decir que Gómez Valderrama adhiere y potencia a la ideología que animó el experimento del Estado Soberano de Santander entre 1853 y 1886, época y lugar que abarcan holgadamente la acción del aventurero alemán Geo von Lengerke, protagonista de la novela. En síntesis: el proyecto del liberalismo radical.

El primer paso en la argumentación de Martínez es comprobar que la novela se hace eco del "difusionismo" burgués del siglo XIX, término que sólo viene a explicar en la página 36 como "conquista cultural" (?) y en la página 67 como, "retórica del progreso y la civilización". Dejemos a un lado una superable vaguedad del concepto, y recordemos que se enfatiza en un punto, por el lado del personaje: la filiación europea de tal ideología. Es en este punto donde Martínez inicia su cadena de oposiciones, síntesis y nuevas oposiciones, tratando de asir el sentido real de la expresión "imaginación liberal". El primer contraconcepto aclaratorio, es decir, el elemento opuesto al liberalismo burgués europeo, es el de "mentalidad agraria premoderna" o "contumacia del señorío hacendatario". Pero viene a continuación, dado el planteamiento Europa-América que supone la primera oposición, el primer intento de síntesis: la idea de transculturación: un mundo de origen europeo que viene a sembrarse en el trópico, con las condiciones que éste le impone. Esta idea se fija ante todo en el análisis del episodio (primero cuento autónomo) del viaje del piano desde Alemania hasta Montebello, la hacienda de Lengerke en Santander. Montebello puede llegar a ser el imperio de Lengerke (¿un imperio transculturizado?), pero el piano, antes de llegar allí, recorre la pura selva ("el reino del tigre y del caimán") o pasa por Mompox, esa ciudad señorial y aletargada: el piano burgués y europeo, tocado por la "explosión verde" y por el "señorío hacendatario"... La idea de transculturación no cuaja, entre otras cosas porque Martínez introduce un capítulo ambiguo con título no justificado: "el viaje a los orígenes". ¿Cuáles orígenes? ¿Quién viaja a los orígenes? ¿Lengerke? La expresión "viaje a los orígenes" está cargada de una gravitación mítica y sin duda Martínez no lo ignora. ¿Sirve el mito de contracon-

cepto a lo burgués? Más adelante se verá que sí. Entonces, ese inicial (y directivo) liberalismo burgués ya no sólo tiene como opuestos al trópico y al señorío hacendatario, sino también al mito, probablemente (?) vinculado al trópico. Escribe Martínez:

La transculturación es el complejo proceso de recepción de la cultura occidental tanto en su variante hispano-católica como en su opción burguesa ilustrada y que se caracteriza por una resemantización que conduce al hibridismo, a los contradiscursos de resistencia, a la contradictoria simbiosis. Son las voces que, de pronto, filtran su crítica, en la novela, en contravía del discurso liberal dominante. [pág. 35]



Reconocimiento, entonces, de que hay un "discurso liberal dominante" y otro que lo impugna (viene del mito, de la transculturación, del toque americano). La pregunta, desde ya, es: ¿cómo domina el imaginario liberal sobre el antiliberal o mítico o transcultural? Por un momento parece que la "hipótesis de lectura" va a consistir en la "simbiosis" de los dos imaginarios en uno solo que sería el propio liberal radical colombiano (y, más restringido aún, santandereano). Pero por ahí no va la cosa. El problema es que nunca se muestra tampoco cómo el imaginario liberal domina, o es realmente más importante que el no liberal. Más bien parece que la hipótesis, en contra de la propuesta global —y dada la am-

bigüedad, si no contradicción, del propio estudio—, es la de la ambigüedad en el propio discurso narrativo de la novela, que enuncia —y en realidad demuestra— Martínez de esta manera:

Así se hace perceptible una ambigüedad en el punto de vista narrativo, pues algunas veces se privilegia la mirada eurocentrista que asume el tránsito de la cultura liberal en términos de difusiónismo, es decir, como conquista cultural. Y otras veces se resitúa el narrador en la perspectiva americana y genera así los discursos que expresan las resistencias culturales... [pág. 36]

El autor intenta vanamente a lo largo de todo el texto librarse de tal ambigüedad, pese a que la ha afirmado. Y tiene que hacerlo, pues su hipótesis de trabajo debe mostrar de qué manera la ambigüedad está superada por el "dominio" del imaginario liberal. A fe que da puntadas en ese sentido, pero luego las deshace admitiendo la presencia del elemento opuesto y matizándolo. Un punto fuerte a su favor es la constatación de un ideario positivista en la novela, aliado del liberalismo burgués y sólo creyente en los hechos; es un argumento vital que luego se ve relativizado por su oposición a lo conjetural, también constitutivo del discurso de *La otra raya del tigre*: "Esto da origen a un contradiscorso que socava el fetichismo empírico del positivismo, el muelle optimismo por la verdad de lo documental, instaurando así la isotopía de lo conjetural, del mundo de lo posible como contravía de lo fáctico" (pág. 49).



Todo ello sin contar con otros conceptos y contraconceptos que, esquemáticamente lúcidos, tienen que apoyarse en la falacia de la terminología "científica" para proyectar una interpretación de sentido que en realidad no se ha hecho. ¿Cómo conciliar con la hipótesis la idea también razonable —y expuesta por Martínez en su libro— del conservadurismo (por lo decimonónico y stendhaliano) de la novela? ¿Cómo la noción de la leyenda y el mito fundacional de Lengerke? ¿Cómo la de transculturación? ¿Cómo la de la utopía y la quimera? No negamos que ellas sí puedan conciliarse con la hipótesis, pero el asunto es que la hipótesis no logra formularse. Se formula y se contraformula, sirve de punto de apoyo y luego de discusión. No me preocupan las oposiciones; a pesar de que no resuelven nada, muestran cosas. Me preocupa que se trata de decir algo que el autor no ha visto en su totalidad, y que pretende haber visto por el ojo de un aparato crítico que se ha confundido con la crítica misma. El andamiaje semiológico, lingüístico y tropológico, aparte de construirse con base en tautologías, repeticiones viciosas —y este es nuestro primer punto arriba mencionado—, de desarrollar obviedades con apariencia de revelación, prescinde por completo del verdadero tema del estudio: nunca se mostró de qué manera el discurso liberal (al cual le faltó su inflexión colombiana) se convierte en discurso de ficción en *La otra raya del tigre*. Se dijo: el discurso era éste y hay estos elementos en la novela; pero un discurso no son los elementos temáticos o ideológicos que comporta; de ahí por qué uno no ve con claridad cómo se cumple el *discurso* en la novela. En realidad, falta análisis literario. Y, no me cabe la menor duda, ello sucede porque el autor acude a esa impersonal e inofensiva jerga de la crítica "científica" para que le haga el favor. Y la jerga en realidad es bien pobre, sobre todo cuando no es mucho lo que hay que decir (de uno) de un texto; haga el lector, si no, la prueba, de contar el nutrido número de unas cuantas palabrejas: *anclar, desbragado, déixis, epos, isotopía, metadie-*

gético, refigurar, resemantizar, reabsorción, explicitar, transfondo, entramado, metanarrativo, analéptico...

Amén.

ÓSCAR TORRES DUQUE

“En el complejo desorden de este fin de este fin de siglo”

Es tarde para el hombre

William Ospina

Grupo Editorial Norma,
Santafé de Bogotá, 1994, 134 págs.

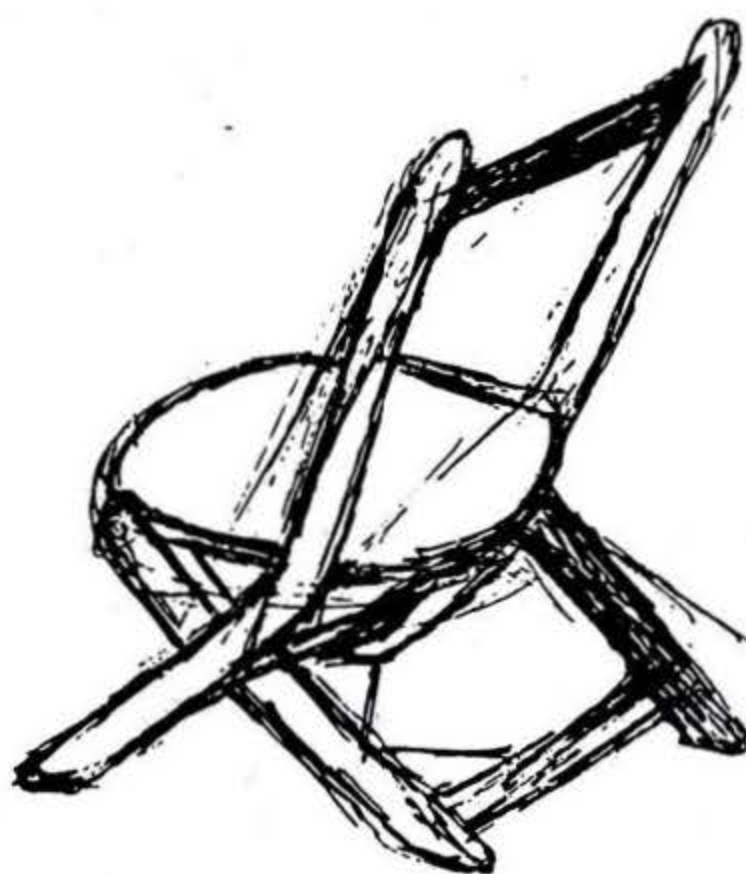
La tarea del ensayista se basa en dilucidar un tema de tal manera que el lector satisfaga sus interrogantes, y sus ansias colmadas le permitan deslizarse, bien hacia otro texto en el sentido barthiano, bien hacia nuevos horizontes con las herramientas dadas. William Ospina, poeta y traductor excelso, logra cabalmente en sus ensayos titulados *Es tarde para el hombre* cumplir con la tarea de ensayista, en este sentido.

Esta serie de ensayos, explica Ospina en la introducción, nació de la preocupación de Paul Valéry cuando anotaba que los dos peligros básicos que acechan al hombre son el orden y el desorden, y una idea lo recorre: la de que acaso el reinado del hombre ha llegado a su fin. La ciencia avanza, la cibernética nos consume, la publicidad nos amenaza y el papel del hombre como máxima creación, como ser supremo, se ha convertido, gracias a su arrogancia, en arma de doble filo. El respeto por otras criaturas se ha perdido, los dioses se han olvidado, los miedos se han agarrotado y el mundo manejado por inconscientes se desboca hacia un caos ya tangible.

Miles de veces nos hemos planteado, como el autor, al caminar por la calle de cualquier ciudad, bajo el sordo rumor de los aviones, entre el ruido atronador de las bocinas de los autos y las sirenas, hasta cuándo llegaremos y hacia dónde vamos. Y este miedo que-

do que nos acompaña en cada despertar de este furioso fin del milenio, agudiza día a día el interrogante. Los valores han quedado atrás, la generación de los yupies, modelo norteamericano, se basa en el dinero como único medio y fin, sus ansias nunca satisfechas, el tren de vida que se exigen, los objetos desechables, los autos veloces, los aviones supersónicos, creados por el hombre y para el hombre, han hecho de nosotros un instrumento antes que un ser. Un instrumento irrespetuoso, ajeno a su entorno, conflictivo y egoísta.

¿Qué significado poseen actualmente la ciencia, la medicina, la enfermedad, el dolor, los objetos, el amor o la pasión? ¿Dónde está el cielo, dónde los dioses, dónde lo divino y acaso lo humano? ¿Hasta cuándo el ser arrogante, creado a imagen y semejanza de los dioses, contaminará el agua que tendrá que beber y el aire que tendrá que respirar? ¿Hasta cuándo la muerte será pan cotidiano y el sexo pornografía?



Así, pues, el autor desglosa, interroga, plantea y logra estremecer al lector a través de sus ensayos. “Los románticos y el futuro”, el primero, que dio origen a los demás; “Las trampas del progreso”, “El canto de las sirenas”, “La mirada del hielo”, “El naufragio de metrópolis” y “Los deberes de América Latina”. Ospina, como poeta, hace de éstos una agradable y aterradora lectura; su vasta cultura permite al lector un espectro amplio; la escritura, sin pretensiones ampulosas o extrañas filosofías, guía al lector a través de este tortuoso fin del milenio, sacudiéndolo y poniendo sobre la mesa las verdades que de tan tangibles pretendemos olvidar.

No sería justo pasar sin detenerse en apartes del texto. Comencemos en la introducción, que reza así:

...Ese retorno a la percepción de lo divino del mundo bien puede ser lo que confusamente se insinúa en el complejo desorden de este fin de siglo. Tal vez en el poder terrible de la ciencia, en el influjo de la técnica, y en esa creciente hostilidad indiscriminada del hombre hacia el hombre que llamamos industria militar y terrorismo, se hace de manifiesto que la supremacía de lo humano ha perdido su justificación, que hay que buscar caminos por fuera de esa arrogancia ingenua, y que siendo algo mucho más grande de lo que ahora debemos salvar, es tarde para el hombre.

Ahora bien: dentro del escrito titulado “Los románticos y el futuro”, para Ospina estos seres encontraron la carne viva; disfrutaron del dolor, del miedo, del horror; vivían de verdad, por que tal vez buscaban significaciones y les llevaban ventaja a los significados. Sin embargo, el tiempo implacable nos arrastró con su progreso y sus cambios, nos hicieron pasar al otro lado del espejo, donde, como lo vaticinó la ciencia-ficción, los androides crecen en laboratorios, las máquinas reemplazan la mano de obra y la generación del desechable ha hecho del amor un objeto de consumo. Así, entonces, describe el autor el espejismo que nos cobija:

...Y es justamente así como la publicidad utiliza la belleza para sus fines. Los rostros y los cuerpos que nos ofrece son anzuelos. Cuando creemos morder la brillante sardina, comprendemos que no era más que la máscara del garfio puntiagudo y otra vez hemos caído en la trampa.

Novalis afirmó que “en ausencia de los dioses reinan los fantasmas”. En ninguna época de la historia humana hubo tal vez tantos fantasmas como en esta sociedad industrial empapelada de iconos, cuyas multitudes pasan